

Un artista que camina siempre en la cuerda floja

El Macba presenta 'No me digas nada', la primera retrospectiva de Carlos Pazos

ROBERTA BOSCO. **Barcelona** "Hay algunos hits y muchas caras B de singles grabados por pequeñas compañías". Carlos Pazos utilizó ayer un símil musical-rockero para definir *No me digas nada*, la retrospectiva —con título de canción— que el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (Macba) le dedica hasta el 6 de mayo. Es una exposición atípica, que ofrece una visión global de más de 30 años de trayectoria de un artista "incómodo, a menudo mal interpretado y objeto de lecturas estereotipadas; un artista al que se le otorga el Premio Nacional de Artes Plásticas en 2004, pero que difícilmente puede ser contemplado en las colecciones públicas del país", en palabras de Manuel Borja-Villel, comisario de la exposición y director del Macba. "Tengo una especie de torpeza innata para estar siempre donde no toca, todo lo contrario, por ejemplo, de Barceló, un artista que detesto", confiesa Pazos con la elegante ironía que le caracteriza y que se refleja en obras dramáticas, ocultas detrás de una pátina de humor negro y atracción por lo abyecto. Ajena al paradigma tradicional, la exposición convierte las salas del Macba en un museo sentimental, un enor-

me cuarto de las maravillas, donde se mezclan poética del absurdo, estética kitsch, nuevo realismo y arte conceptual.

Coleccionista y acumulador compulsivo, Pazos ha ido creando alrededor de su figura un conjunto de ecosistemas "circulares y concéntricos", que se nutren de los objetos más dispares, manipulados y reinterpretados hasta convertirlos en elementos de una narración que, según Borja-Villel, "se sitúa entre la estética del silencio del último Duchamp, la poética del vacío

"Siempre estoy donde no toca, todo lo contrario de Barceló, un artista que detesto"

de Warhol y la voluptuosidad de la acumulación pura". Esta voluntad de acumulación Pazos la cultiva desde la niñez, tal como demuestra una colección de juguetes de goma que ha conservado desde su infancia. "Ya desde niño no soportaba a mis coetáneos que destruían todo. Yo sacaba un juguete, lo miraba, me inventaba historias y lo vol-



Aspecto de la retrospectiva de Carlos Pazos en el Macba, ayer. / MARCEL-LÍ SAENZ

vía a guardar en su estuche".

Más allá de cualquier análisis teórico, *No me digas nada* es una exposición apasionada y apasionante, llena de detalles y referencias, capaces de involucrar al espectador en un mundo paralelo, del que el artista es sujeto y objeto. Lo demuestran ya sus primeras obras como los *Tesoro*, pequeñas cajas repletas de recuerdos o la serie de fotografías en blanco y negro *Voy a hacer de mí una estrella*, de 1975. "Ansiaba la celebridad para destruir la aplastante mediocridad del rancio entorno que me rodeaba, impregnado de olor a curas, funcionarios y burgueses, confabulados con el dictador", afirma Pa-

zos, un artista, por su propia definición, "siempre en la cuerda floja", como el osito funámbulo de la instalación *Carlove en el bosque borrador*, que el público debe contemplar detrás de una telaraña que bloquea la entrada. Atrapado en el universo mental y visual del artista como un insecto, el espectador no puede evitar intentar conjeturas y buscar relaciones entre lo que ve y sus posibles significados más recónditos. Así las obras se revelan plagadas de símbolos fálicos, oculares en una torre Eiffel, un toro español, un misil o una pistola. Hay guiños a la historia del arte, como los *Trastulos*, una colección de vidrios pintados "que, enmarcados,

se convierten en bellos objetos decorativos, como toda la pintura abstracta" y también a la actualidad como la escultura *Barcelona en blanco y negro, con la Moreneta y Copito de nieve surgiendo de una ostra, rodeados de perlas falsas*. "La propuse al Ayuntamiento como imagen de Barcelona para las Olimpiadas, pero me pusieron un pleito", recuerda el artista, quien ha incluido la imagen de los dos "ya en el cielo" en *Mnemocine. Película recortable*, un filme-collage, realizado especialmente para la exhibición, como memoria plástica de su trayectoria. "Aquí está todo Pazos", concluye Borja-Villel. "En cómodos plazos", añade el artista.

TEATRO

Mucho Wuttke

Artaud erinnert sich an Hitler und das Romanische Café

De Tom Peuckert. Dirección: Paul Plamper. Intérprete: Martin Wuttke. Escenografía y vestuario: Paul Lerchbaumer. Música: Plexiq. Teatre Lliure, Sala Fabià Puigserver. Barcelona, 6 de marzo.

BEGOÑA BARRENA Si antes de entrar en sus "años de deriva", marcados por sus viajes iniciáticos y por su largo internamiento psiquiátrico, el radical e inclasificable autor francés Antonin Artaud (1896-1948) publicaba el primer manifiesto de su llamado Teatro de la Crueldad, en el que proponía cometer un asesinato para acabar de una vez por todas con el padre de la ineficacia en el teatro —que, a su juicio, era el poder de la palabra y el texto—, ¿qué no haría estando internado en la clínica psiquiátrica de Rodez? Pues, entre otros muchos apuntes, escribió una carta al mismísimo Hitler para recordarle que ambos se habían conocido una tarde de mayo de 1932 en el Romanische Café de Berlín. La carta, por supuesto, nunca llegó a manos del Führer, pero sirvió al dramaturgo alemán Tom Peuckert en 2000 de punto de partida para desarrollar un monólogo tragicómico en el que Artaud, enfermo, habla cara a cara con Hitler sobre lo decepcionante que es el arte en general y el teatro en particular. Planteado como un desvarío, el texto es tan inasible como su supuesto artificio, cuyas últimas palabras fueron: "... seguir convirtiéndome en ese hechizado eterno...".

Martin Wuttke, actor fetiche de

los grandes directores europeos ligado al Berliner Ensemble y a la Volksbühne de Berlín, es el alucinado y alucinante Artaud, que, encerrado en su habitación de Rodez, imagina tener a Hitler como interlocutor. Un cubículo con una gran ventana de cristal que da al público y que le devuelve su imagen —que se transforma asombrosamente en la de Hitler con sólo peinarse con las manos hacia atrás—, le aísla del mundo y le ofrece el refugio que ni la fe ni el arte le han dado. Este refugio, a su vez, se convierte en una especie de terrario en el que Artaud-Wuttke, delirando, se sube por las paredes como un *gecko*, con su camisa verde pistacho. Un personaje tan infinito como éste proporciona a Wuttke carta blanca para hacer lo que le dé la gana, pues todo cabe en él, y su interpretación viene a ser como un muestrario de todos sus registros, actitudes y tonos más desmedidos. Hace lo que quiere y lo hace emanando ese magnetismo especial que sólo tienen los grandes. Uno puede acabar algo empachado de tanto Wuttke, pero con él pasa como con el chocolate negro, que, aunque saciado, siempre quieres un trocito más. Paul Plamper, el director, le deja salir por una trampilla en el techo del cubículo al exterior y sobre él, Wuttke renace al mundo y nos ofrece una canción en francés que lo resume todo ("Je suis malade, parfaitement malade...") mientras el escenario entero de la sala Fabià Puigserver se llena de estrellas entre las que parece, por fin, sentirse a gusto.

JACINTO SANTOS
PROCESA

Rojo Intenso

"La Obsesión de un Asesino"

Un film de JAVIER ELORRIETA

MARIA ELENA SWETT FABIAN MAZZEI JAVIER MARTÍN
PAULA ECHEVARRIA SILVIA MEDINA

Producción por ALFONSO RONDA

2ª SEMANA de ÉXITO

CINES LUCHANA

ORIGEN CHIRICULL S.L. DIVISIA IMPACTO FILMS DOLBY DIGITAL SOLTOUR